



Rompiendo Barreras: Enseñanza Inclusiva en Tiempos de Pandemia

Autor: Rodolfo Wilfrido Sánchez León

Como docente en la Unidad Educativa Fiscal 24 de Mayo de Quito, enfrenté un desafío que redefinió mi percepción sobre la educación y mi rol como educador. Rosita, una estudiante otavaleña de quinto grado con necesidades educativas específicas de grado III, se convirtió en la motivación para emprender una apasionante y desafiante experiencia que transformó mi vida y también, me permitió aportar en la suya, obligándome a replantear las estrategias de enseñanza-aprendizaje, desafío que trascendió lo pedagógico y que puso a prueba mi vocación y profesionalismo.

El caso de Rosita

Rosita (nombre protegido) era una estudiante otavaleña que cursaba el quinto grado de Educación Básica, con un coeficiente intelectual de 48 y 56% de discapacidad intelectual, sin habilidades básicas de lectura y escritura. Su camino educativo se mostraba cuesta arriba desde el principio. Sus padres, María y José, analfabetos y de recursos limitados, siempre demostraron una dedicación admirable por ayudar a su hija, a pesar de las dificultades económicas y educativas que enfrentaban como familia. Rosita vivía con sus padres y una hermana no vidente de 22 años.

Un desafío titánico

Era una gran responsabilidad la que tenía como docente, mi compromiso se puso a prueba desde el primer día. Adapté mi enfoque pedagógico para atender las necesidades específicas de Rosita, trabajando intensamente en habilidades básicas de lectura y escritura, fundamentales para su desarrollo futuro. Más que enseñar, estaba reconstruyendo las bases mismas de su aprendizaje.

El proceso no fue fácil. Rosita, una niña introvertida, enfrentaba el rechazo inicial de sus compañeros debido a su origen indígena y su vestimenta distinta. Superar esta barrera social

requería mucho más que estrategias académicas; demandaba empatía y una transformación de la dinámica de la clase para comprender verdaderamente a Rosita. Al principio, lo único que podía decirles a sus compañeros era que ella apenas hablaba y que tenía dificultades evidentes para relacionarse. Sin embargo, al observar su rostro, sus pequeños ojos negros reflejaban una mezcla de ternura y temor, dejando entrever su vulnerabilidad y su deseo de pertenecer al colectivo.

Un día, aprovechando que no llegaba Rosita, hablé con todos los estudiantes. Empecé indicándoles que tenía una preocupación. No tardaron en preguntarme “¿Qué le pasa, profe?”. Les dije que los considero a todos como mis hijos e hijas, que a todos los quiero por igual, pero que me he dado cuenta de un cierto rechazo e indiferencia hacia Rosita y eso me ponía triste. Les pedí que la integren al grupo y, específicamente, a dos niñas que se sentaban junto a ella que me ayudaran sobre todo en el recreo para que no se sienta sola.

Poco a poco fue abriéndose con dos de sus compañeritas y, por medio de ellas, pudimos empezar a escuchar su voz, ya que sólo pronunciaba su nombre con un tono muy bajito. Apliqué un método denominado antidisléxico fonético silábico, iniciando con la identificación de imágenes de vocales y fonemas.

Un giro inesperado: la pandemia

Justo cuando Rosita comenzaba a hacer avances significativos, la pandemia COVID-19 cambió todo. Las escuelas cerraron, y Rosita, sin acceso a Internet ni dispositivos electrónicos en casa, enfrentaba una nueva barrera para continuar su educación. La situación era desalentadora, pero no me detuve ante el desafío.

Adaptándose a la nueva realidad

Ante esta situación, me vi obligado a reinventarme como docente.

Decidí visitar personalmente a Rosita en su hogar, cumpliendo estrictamente con todas las medidas de bioseguridad. Llevaba materiales impresos y, con paciencia, enseñaba a sus padres cómo apoyarla en sus estudios.

A las pocas semanas, recibí una gran noticia, sus padres haciendo un enorme sacrificio lograron adquirir un teléfono inteligente para Rosita, pero la situación se complicó aún más, ya que nadie en su familia sabía cómo usarlo. Esta situación me llevó a un nuevo desafío, enseñarles a usar el dispositivo para que Rosita pueda usarlo como un medio para continuar con su proceso de aprendizaje. Les enseñé a enviar mensajes de voz, enviar fotografías y usar las funciones básicas de este dispositivo. Su familia era de escasos recursos, vivían en dos cuartos, no tenían sala, lo que me obligó a improvisar un salón de clase en la vereda, ahí junto a la calle siempre con la presencia de su madre.

Al principio, fue un proceso difícil. Rosita avanzaba lento y era evidente que extrañaba la escuela y a sus compañeros. Sin embargo, con paciencia, dedicación y mucho amor fue progresando.

Los frutos del esfuerzo

Con el tiempo, los esfuerzos dieron frutos. Rosita comenzó a leer y escribir palabras simples. Su capacidad de comunicación mejoró notablemente, y su autoestima floreció. Descubrí su gusto por el baile, y aprovechamos cada oportunidad para fomentar sus habilidades artísticas y sociales. Esto fortaleció su autoestima.

Lecciones aprendidas

Esta experiencia me enseñó que la docencia es más que impartir conocimientos. Es un acto de amor, compromiso y entrega. Es saber adaptarse a las circunstancias y buscar alternativas para que todos los estudiantes tengan acceso a una educación de calidad. También me ratificó la importancia de la colaboración que siempre debe existir entre la escuela y la familia.

Conclusiones

Esta experiencia me dejó lecciones profundas que van más allá del aula, como:

- **Empatía:** Comprender las necesidades únicas de cada estudiante es fundamental para guiar su desarrollo.
- **Perseverancia:** El aprendizaje auténtico requiere tiempo y dedicación. Como docentes, debemos estar dispuestos a acompañar a nuestros estudiantes en cada paso.
- **Colaboración:** La colaboración entre escuela, familia y comunidad es esencial para superar los desafíos educativos.

Reflexión final

Rosita no solo aprendió a leer y escribir; aprendió a confiar en sí misma y a superar obstáculos con valentía. Su historia es un testimonio del poder transformador de la educación y del compromiso inquebrantable de los educadores. Como docente, me siento privilegiado de haber sido parte de su proceso de aprendizaje y crecimiento personal.

Esta experiencia me enseña que impartir conocimientos, implica no solo inspirar, apoyar y empoderar a cada estudiante, sin importar los desafíos que enfrenten. Rosita me demostró que, con amor y dedicación, se puede alcanzar su máximo potencial.

